

deseo de reintegrar el "yo" inicial por medio de la posesión de un "otro" —humano o divino— es la vía absurda e imposible de pretender volver a sí mismo.

Tal será, pues, la historia y la evolución adonde se dirige el amor como procedimiento de conocimiento, acceso, reintegración. Narciso ha caído en la trampa de su propia enajenación: no queriéndose enamorar de otro/a para unirse de este modo con lo que de sí mismo reconociese en este otro/a, se divide en cuerpo e imagen irreconciliables. El estudio de Kristeva se ubica justamente en este espacio, pretendiendo puntualizar las instancias de este alejamiento, analizar el vacío primario de la pasión, locura y muerte y las entidades sucesoras que se esmeran en poblar —después del mito— toda una historia en la cual convergen literatura, religión, filosofía, psicoanálisis y en cuyos principios está la invención de un Dios amoroso que se entenderá como el reflejo aumentado y divinizado de Narciso y su salvación; es en este sentido que la voz de Santo Tomás estará recordando que sólo quien se ama a sí mismo es capaz de amar a Dios. El éxtasis, condición para conocer y amar a Dios es —al igual que la percepción del propio reflejo por Narciso— abandono, salida de sí mismo para proyectarse en el reflejo.

En todas las hipótesis planteadas por Kristeva (mito de Narciso, El Cantar de los Cantares, San Pablo, Bernardo de Claraval, la propuesta en tono precartésiano hecha por Santo Tomás) el amor es desmesura y su discurso encantado. El amor como erotismo y el amor como fe religiosa, amores cuya práctica es idéntica porque su objeto requiere de la misma violencia sentimental y discursiva, necesitan ambos de la verbalización literaturizada.

Si bien el libro incluye el registro de las transmutaciones de la identidad de Narciso y sus proyecciones religiosas, también son analizados ejemplos literarios y psicoanalíticos, ilustrándose por medio de ellos unos prototipos: Don Juan, Romeo y Julieta, los amores malditos de Baudelaire y Bataille, los amores en la visión de Stendhal; sobre todo en el caso de este último parece ser que el reflejo perdido se ha trasladado a un "más allá" político y a la vez a un "más acá" encubierto, de cuerpos prohibidos. Al comprender que sus proyecciones amorosas giran alrededor de la nada o de lo no nombrable, Narciso se ha convertido en Freud, asimilando también el lenguaje



Julia Kristeva

literario. Los prototipos ideales, divinos o malditos se repiten ad infinitum, deambulando por zonas de encantamiento siempre renovadas.

Destaca en el libro la importancia que ha sido asignada por siglos a la Virgen como objeto de fe y amor, sus respectivas transformaciones, la idea de maternidad que en el transcurso del tiempo ha marcado las representaciones y las actitudes hacia lo femenino, el propio discurso de la mujer. En relación a esto hay un bellissimo texto poético paralelo al desarrollo teórico y transpone el *Stabat Mater* de Pergolesi en una voz que reflexiona al mismo tiempo que vive el parto. Interesantes son también las consideraciones acerca de Don Juan, personaje que "glorifica el poder del hombre inesencial", el placer del propio derroche, para definirse como "reverso gozoso del cristianismo".

Y sin embargo, si el análisis de Kristeva se autopropona como aventura dentro de la otra aventura que es el amor, es decir, como lectura de angustioso recorrido de Narciso en busca de su reflejo, el libro finaliza en el encuentro con la propia figura de Narciso disminuida y desmitificada que además carece de tragedia. Cada vez más inseguro de cuál debía ser el objeto de su búsqueda, Narciso ha perdido su misma identidad al haber perdido su pecado placentero y destructor. Debajo de una multitud de signos y códigos impuestos por la civilización en movimiento, el objeto del deseo se identifica difícilmente. La incompreensión e inutilidad de su tra-

gedia propician la transformación de Narciso en Querubín y ... en E. T. Guillaume de Lorris y Jean de Meung han sido tal vez los últimos en atribuir a Narciso un reflejo maravilloso: la verdad, la rosa.

Entre la voluntad de amar y la pulsión de muerte, se desestabilizan los papeles del padre, de la madre, del otro; la identidad de Narciso, diluida en las inciertas figuras de quienes marcan sus afectos, ha perdido su fuerza: asexual, indefenso, preso en su infancia horrible y enternecedora, es el personaje del Extraterrestre. Las trampas sucesivas que resultaron de la desenfadada relativización de las figuras a lo largo del tiempo han distanciado cuerpo y reflejo, "yo" y "otro", hasta que el "yo" termina por desconocerse y por desconocer su mundo. Tal vez Narciso deba recuperar su energía solitaria y para salvarse devorar sus antecedentes hasta dar nuevamente con el mito; y, en vez de seguir siendo el blando E. T. dejar surgir al carnívoro Alien, para producir el renacimiento desde la flor amarilla junto a la eterna fuente y reanudar la contemplación, de vuelta de toda su historia y de todo su mito. ♦

UNA MUJER EN EL ARTE
MEXICANO. MEMORIAS
DE INÉS AMOR

LOS JUEVES CON DOÑA INÉS

Por Santiago Espinosa
de los Monteros

En el número 433 correspondiente a febrero de 1987, escribí en este mismo espacio un comentario a raíz del artículo que reseñaba la aparición del libro de Delmari Romero Keith, lo siguiente: "...durante más de un año consecutivo, jueves a jueves, Teresa del Conde y Jorge Alberto Manrique comieron con Inés Amor y la entrevistaron entre bocado y bocado, logrando con esto reunir un material importantísimo que sería algo así como el discurso de Inés Amor. Este material, dada su extensión y com-



Inés Amor

plejidad, se ordenó por temas: Pintores, Museos, Compradores, Amigos, etcétera. Una vez terminado y con vistas a publicarse precisamente con motivo del cincuenta aniversario de la GAM (Galería de Arte Mexicano), se entregaron los originales y el libro, en esta fecha, no ha podido ver aún la luz pública."

Ocho meses después de esas palabras, se encuentra en circulación el libro *Una mujer en el arte mexicano. Memorias de Inés Amor*, de Jorge Alberto Manrique y Teresa del Conde. Ciertamente que las reuniones fueron jueves a jueves, pero he de rectificar que las entrevistas no fueron, como dije, entre bocado y bocado: "A partir del día 10 de abril de 1975 —escribió Manrique— empezamos a reunirnos las tardes de todos los jueves del año en casa de Inés Amor, a las cinco en punto." De ahí en adelante, no obstante la posibilidad de contar con el auxilio comodino de la grabadora, fue Teresa del Conde la que hizo desde el principio el papel de escribiente, trasladando las palabras de Inés Amor lo menos "editadas" posible para conservar hasta donde las circunstancias lo permitiesen, la frescura y el estilo de hablar de Doña Inés.

Cuenta Teresa del Conde: "...yo me encontraba especialmente preparada para abocarme a transcribir el discurso. Poseía un entrenamiento previo, referido a que por un tiempo largo mis circunstancias de trabajo me conminaron a escribir historias clínico-psicológicas bajo dictado del entrevistado." Inés Amor, cual si fuese ahora la mujer en el diván, fue escuchada y transcritas sus palabras sobre el devenir del arte mexicano y de

Foto: Nadia Shehadi



Carlos Mérida

su papel como galerista en una buena parte de la historia de la plástica de este país.

El libro discurre ligero de personaje en personaje. Algunas circunstancias determinadas son platicadas por la Amor, siempre con vistas a dar luz sobre una personalidad determinada, ya sea bien querida por ella, admirada, aborrecida o simplemente indiferente pero que por su labor o por los simples vaivenes del destino tuvieron que ver con ella o con la galería.

Los capítulos del libro son *Memoria de unas memorias*, firmado por Manrique, *Discurso y recuerdo*, por Teresa del Conde, *Entrevistas con Inés Amor. Fundación de Galería de Arte Mexicano; Una vida cerca del arte; Primeras relaciones con los pintores* (con diez pintores enlistados en subtítulos); *Vistazo sobre el arte mexicano; Precursores y satélites; Los ar-*

tistas del café París; La exposición surrealista; El menosprecio a los pintores mexicanos; Mercantilismo en el arte; Travesuras y falsificaciones; Los presidentes y el arte; Artistas extranjeros asimilados a México; El manejo de la galería; La galería selecciona sus pintores; La escuela de la Esmeralda; La familia de la galería; Escultores y grabadores; Pintores en el camino; Los jóvenes; Vientos de cambio; Exposiciones internacionales; El arte mexicano en los Estados Unidos; La promoción privada; Los coleccionistas; Los museos y las galerías; La crítica; y, por último, Despedida.

Como puede verse, la diversidad de tópicos sobre los que fue entrevistada Inés Amor, tocan muy de cerca algunos de los puntos "de dolor" del arte mexicano actual. Vista por ella, esta panorámica puede digerirse desde dos puntos de observación. Primero, el de una mujer plenamente humana que al ser entrevistada pone en marcha toda la maquinaria de los recuerdos, los que son posibles documentar por una parte y los que se encuentran en lo más recóndito del subconciencia por otra. Esta mezcla da por resultado el que los datos no siempre tengan un estricto apego a una realidad dada, pero que sean ricos en el sentido en el que están contextualizados y temporalizados (si es posible decirlo así).

Segundo, el de la gran trabajadora del arte y mujer pública, casi política, que tuvo roces con personalidades altamente importantes de la época y que, porque así es la vida, les conoció en más de una vez la parte que la historia no debe constatar.

Como lectores, estamos prevenidos a leer tal vez una parte del cuento: "Entregado el texto de este libro tuvo acceso a él Doña Carolina Amor de Fournier, a quien Doña Inés, su hermana, había pedido que revisara sus memorias antes de que se publicaran. Doña Carolina hizo algunas correcciones y supresiones, y cambió de lugar algunas partes del texto." Estas líneas son las que aparecen al inicio de las Entrevistas con Inés Amor.

Sin embargo, nada de lo omitido parece haber dejado huecos profundos y son las entrevistas transcritas lo suficientemente amplias y amenas para constatar un punto de vista más en la historia de plástica contemporánea.

Jorge Alberto Manrique y Teresa del Conde. *Una mujer en el arte mexicano. Memorias de Inés Amor*. Universidad Nacional Autónoma de México —Instituto de Investigaciones Estéticas. Cuadernos de Historia del Arte No. 32 México, 1987 272 pp.